

LAS RELIGIONES COMO VECTOR DE HUMANIZACIÓN O DE DESHUMANIZACIÓN

Jean-Paul Willaime¹

Ya desde su título “Ser iniciado en el tiempo de las mutaciones antropológicas”, este coloquio señala de entrada dos elementos importantes de nuestra época: por una parte “las mutaciones antropológicas” y por otra, el desafío de la socialización (“ser iniciado”). En las sociedades secularizadas donde no resulta evidente ser religioso, en esas sociedades donde muchos han perdido el sentido mismo de lo religioso, es necesario sin duda ser nuevamente iniciados en él, volver a encontrar el gusto y el sentido de una dimensión espiritual de adentrarse más en la materia. El tema que me han pedido tratar, plantea, a su vez, una alternativa formidable entre lo religioso vector de humanización y lo religioso vector de deshumanización, una alternativa sobre la cual no puedo decidirme. ¿Por qué? Porque el punto de vista sociológico en el que yo me sitúo invalida toda esencialización del fenómeno religioso o de una cierta religión, en otras palabras, cualquier perspectiva que concluya que lo religioso o una determinada religión sea esto o aquello, por ejemplo, asesino y fanático, o bien, por el contrario, tolerante y pacífico. Además, ya sea en los siglos pasados o en el periodo contemporáneo, es posible encontrar cómo validar empíricamente tanto la tesis de la religión como factor de deshumanización como la tesis inversa de la religión como factor de humanización. Lo religioso es lo que de ello hacen los hombres y las mujeres que viven y es necesario

1 Director de estudios emérito en la École pratique des hautes études (PSL Research University), Groupe Sociétés, Religions, Laïcités (UMR EPHE-CNRS)

constantemente situar en la historia y contextualizar los enfoques. Cosa que yo no podré hacer aquí al hablar de las religiones o de lo religioso en general, lo cual es eminentemente peligroso y discutible. Eso impide también considerar que en un tiempo “I” particular y en tal o cual zona geográfica, una determinada religión pueda ser factor de deshumanización, mientras que otra pueda ser factor de humanización.

A su vez, nada será peor que caer en el anacronismo de evaluar lo religioso contemporáneo a la luz de las violencias del pasado olvidando que lo religioso como lo político participa plenamente de su época. Aun así, atenerse a un punto de vista general permite, por más limitado que pueda ser, detectar algunas lógicas de deshumanización y de humanización que operan sobre lo religioso. Tras algunas consideraciones preliminares para precisar el marco sociológico de esta aportación, abordaré la cuestión de saber en qué lo religioso puede ser vector de deshumanización y en qué puede ser también factor de humanización. Concluiré con algunas breves reflexiones sobre la manera en que las religiones contribuyen hoy a luchar contra diversos riesgos de deshumanización.

ALGUNAS CONSIDERACIONES PRELIMINAIRES

Desde el punto de vista de las ciencias sociales, las religiones aparecen como fenómenos sociales y culturales observables en todas las épocas y bajo formas extremadamente variadas (desde los politeísmos a los monoteísmos pasando por el culto de los antepasados y de los espíritus). Precizando algo más, yo caracterizo las religiones como sistemas de representaciones y de prácticas rituales mediante las cuales los hombres expresan el sentido de la condición humana, de la vida y de la muerte, de la felicidad y de la desgracia recurriendo a entidades invisibles (Dios, los dioses, los espíritus...). Las religiones son sistemas simbólicos que remiten al más allá, a textos, acontecimientos, figuras, prácticas a las cuales hacen referencia y que incesantemente hay que releer (*relegere*). Que nos refiramos a Buda o a Jesús, existe siempre algo como un ofrecimiento de sentido, un fundamento de sentido (*Sinngebung* o *Sinnstiftung*, dicen en alemán) del que uno se siente deudor. Aun cuando uno reivindique su plena autonomía de sujeto, ser religioso es reconocer no ser dueño de todo, admitir que somos beneficiarios de un don inicial,

de una alteridad radical. Los lenguajes simbólicos como son los religiosos crean un vínculo social, un sentimiento comunitario, pues reconocerse en el mismo sistema simbólico acerca, crea un sentimiento de comunión, de fraternidad, de sororidad. Las religiones generan los ‘nosotros’: nosotros los cristianos, nosotros los católicos, los protestantes, los ortodoxos, nosotros los judíos, nosotros los judíos ortodoxos, reformados, lubavitch, nosotros los musulmanes, nosotros los sunitas y los chiitas, nosotros los alevíes... Es la otra etimología de la palabra: religare (enlazar). Unos ‘nosotros’ que, por definición se distinguen de diversos ‘otros’, religiosos o no, con los cuales se establecen relaciones de proximidad o de distancia, de fraternidad o de hostilidad. Las tradiciones religiosas dan sentido (significado), orientan los comportamientos y definen normas (sentido como dirección), permiten compartir colectivamente emociones (el sentido como sensación). La religión no se reduce en modo alguno a sus dimensiones privadas e individuales, no se trata sencillamente de una opinión metafísica, remite a lo vivido, a emociones compartidas, a experiencias de lo divino, es eminentemente social y empapa todos los aspectos de la vida, no es simplemente doctrinal. Al igual que una lengua materna aprendida, la socialización religiosa que se ha tenido en la esfera familiar y al frecuentar tal o cual grupo religioso, impregna profundamente por medio de palabras, gestos, olores, fiesta y maneras de ser. Y eso, tanto si uno continúa reconociéndose en la tradición recibida o si rompe o toma distancias con ella. He ahí por qué yo hablo de infraestructura simbólica a propósito de los sistemas de representaciones y de ritos mediante los cuales hemos aprendido a decir Dios, la condición humana, nuestro deber en este mundo.

Si bien, principalmente después del informe de Régis DEBRAY sobre la enseñanza del hecho religioso en la escuela laica (2002)², la expresión de “hecho religioso” se ha impuesto, no hay que ver en ello una reducción de lo religioso a sus manifestaciones más visibles sino una expresión cómoda que, por medio de la palabra “hecho”, subraya que, más allá de sus opciones personales religiosas o antirreligiosas, la religión es un fenómeno social y cultural que existe y se manifiesta de mil maneras. Tanto si uno es ateo

² Se ha editado nuevamente en 2015 con un prefacio inédito de Jack LANG y una introducción de Régis DEBRAY: *L'Enseignement du fait religieux dans l'école laïque*, Odile Jacob, Paris 2015.

convencido o adepto comprometido con tal o cual religión, es necesario tener en cuenta este fenómeno social y cultural, estudiarlo desde el punto de vista de las ciencias históricas y sociales como cualquier otra dimensión de la vida de los hombres. Al hablar de “hechos religiosos” (actualmente se privilegia el plural), cabe señalar las diferentes dimensiones del fenómeno: sus dimensiones materiales a través de los edificios del culto, los monumentos y los diversos vestigios culturales de lo religioso; sus dimensiones colectivas a través no solamente de las peregrinaciones y las fiestas, sino también de las prácticas culturales semanales; sus dimensiones simbólicas a través de los textos y sus elaboraciones doctrinales; sus dimensiones sensibles a través de sus expresiones artísticas y las experiencias vividas por los hombres y mujeres que viven más o menos intensamente una relación con Dios.

Pero, aunque eso no complazca al ateo a quien le gustaría ver desaparecer dicho fenómeno, y la religión perdida a escala mundial, la misma tiende incluso a desarrollarse. Según las previsiones del *Pew Research Center* el porcentaje de personas no afiliadas a una religión que, en 2015 era el 16 % de la población mundial, bajaría al 13% en 2060. En otras palabras, la mayoría de los seres humanos continúa reconociéndose dentro de sistemas religiosos, principalmente en 2015, con un 31,2 % de la población mundial que se identifica con el cristianismo, 24,1 % con el islam y 15,1 % en el hinduismo. Pero en las sociedades occidentales, en particular en las europeas, la cuestión de saber si transmitir una religión es humanizar, se plantea en el contexto particular de sociedades secularizadas en las cuales ser religioso se convierte en un fenómeno minoritario. Hemos pasado de la religión por herencia a lo religioso por elección. En un entorno secular donde la mayoría de la población se mantiene a distancia de la religión, el hecho de ser religioso se ha convertido en un no-conformismo (cuando antes, el no-conformismo estaba más bien representado por el ateo o el adepto a una religión no cristiana). En un contexto de globalización económica, cultural y religiosa, principalmente a través de los medios de comunicación y de los fenómenos migratorios, los habitantes de Francia y de Europa se encuentran actualmente enfrentados a una pluralidad mucho más importante de religiones y de visiones del mundo. A esta pluralidad externa, se añade una pluralidad interna propia de cada mundo religioso (las diferentes formas entre católicos, protestantes, judíos, musulmanes). Lo cual, globalmente, expone a las personas a modalidades

muy diferentes de ser religioso. Al mismo tiempo, porque muchos han perdido todo contacto con lo religioso y porque lo religioso se manifiesta en formas muy diversas, la religión se ha convertido en un fenómeno social y cultural ignorado y cada vez más difícil de comprender para los profanos. En semejante contexto de una mayor diversidad religiosa y conviccional, se vive de modo diferente la relación con una verdad religiosa. Mientras en 1952, el 50 % de los franceses afirmaban no encontrar “la verdad más que en una sola religión”, ya no eran más que el 6 % a pensarlo en 1998³.

Este pluralismo religioso y conviccional lleva aparejado un pluralismo antropológico y axiológico que complica aún más la situación. ¿Qué queremos decir? El multiculturalismo intensificado de las sociedades europeas hace que el pluralismo ya no consista solamente en una pluralidad de opciones metafísicas sobre el fondo de una misma antropología (básicamente judeo-cristiana), sino en una pluralidad de modos de vida diferentes, en formas diversas de concebir la vida, la dignidad humana, en lo que consiste la humanidad del hombre, su dimensión de género, sus relaciones de filiación. Al interior mismo de las sociedades europeas, con poblaciones provenientes de áreas culturales diversas y de evoluciones sociales, las relaciones de vida conyugal al igual que las relaciones de filiación, los dos tipos fundamentales de relación social que estudia todo antropólogo que aborde el análisis de una sociedad, se han diversificado. Las distinciones hombres/mujeres, adultos/niños, seres humanos/seres vivos se ven relativizadas y cuestionadas. En consecuencia, no es solamente a un pluralismo religioso y filosófico a lo que nos enfrentamos, sino a un verdadero pluralismo antropológico, es decir a un pluralismo más profundo que el que oponía a “aquellos que creen en el cielo” y “aquellos que no creen en él”. Un pluralismo antropológico acentuado por un pluralismo axiológico sobre las diferentes maneras de concebir “una vida buena”, la humanidad misma de ser humano. Las cuestiones planteadas por la bioética sobre el principio de la vida (con los riesgos de eugenesia) y el fin de la vida (con los riesgos de la eutanasia) dan testimonio de la importancia de los desafíos: si el hombre es capaz por sí mismo de atentar contra su humanidad, entonces es que de lo que se trata es ciertamente de la humanidad del hombre.

3 Sobre estas cantidades y las reflexiones siguientes sobre el pluralismo antropológico y axiológico, ver nuestro estudio “en ‘Revue d’Histoire et de Philosophie Religieuses’ 97 (2017) n. 1, 91-109.

LA RELIGIÓN QUE DESHUMANIZA

Nos encontramos en un continente, Europa, donde las religiones han hecho derramar mucha sangre y donde se han cometido numerosas violencias en nombre de la religión o de una religión. Europa tiene un pasado de guerras de religión, de modo particular entre católicos y protestantes, de antisemitismo y de fanatismos religiosos mortíferos. Como lo ha expuesto el historiador Denis CROUZET al analizar las guerras de religión del siglo XVI, las dimensiones religiosas de un conflicto lo hacen aún más salvaje al satanizar al adversario, negando su calidad de ser humano. En tal caso, la religión deshumaniza totalmente al hombre, tanto al verdugo como a su víctima. Un ejemplo siniestro de ello es la Saint Barthélémy del 24 de agosto de 1572.

En la Europa del siglo XX, los odios y violencias religiosas, ciertamente, se han atenuado fuertemente pero no olvidemos el conflicto de Irlanda del Norte donde se enfrentaron dos nacionalismos británico e irlandés de tendencia confesional católica o protestante; las masacres de Bosnia y el drama de Sarajevo, una ciudad que sin embargo era conocida por la coexistencia pacífica de los cristianos y de los musulmanes... El siglo XX, es también el de la tragedia de la Shoah y el nazismo, las persecuciones religiosas de los países comunistas en nombre de un ateísmo de estado. Por su parte, el siglo XXI, el nuestro, es también el de la persistencia del antisemitismo y el terrorismo islamista. En Europa, por tanto, no se ha logrado acabar con el fanatismo religioso y las religiones asesinas. Lo cual no impide que Europa siga siendo el continente que puede sentirse orgulloso de haber logrado pacificar los conflictos religiosos y confesionales mediante la lenta imposición de la preminencia del estado de derecho, de los derechos del hombre y de la separación de lo político y lo religioso (la laicidad bajo diferentes formas). Estas evoluciones, que no han resultado fáciles y que a su vez han suscitado oposiciones por parte de las religiones dominantes no se han logrado en un día. Pero son evoluciones que han contribuido a humanizar las religiones, a desactivar sus violencias potenciales. Si, como vamos a verlo, las religiones contribuyen también a humanizar al hombre, hay que reconocer que la laicidad, al imponer el respeto del pluralismo religioso y conviccional y al reducir el poder temporal de las religiones, ha contribuido en gran medida a ello.

La pacificación europea de los conflictos religiosos y confesionales no debe hacernos olvidar tampoco que a escala mundial las violencias religiosas y los fanatismos de los “locos de Dios” siguen siendo numerosos. Baste pensar en los conflictos entre sunitas y chiitas en Medio Oriente, en las guerras de Siria, Irak y Afganistán, en los actos terroristas cometidos por Dáesh en Europa y en otros lugares, en las violencias de los hindúes y musulmanes en la India, en los actos terroristas de fanáticos musulmanes en Pakistán, en Nigeria con Boko Haram, en las violencias y asesinatos en el conflicto entre Israel y Palestina, en los conflictos en torno a los santos lugares de Jerusalén... En prácticamente todos los continentes, las violencias perpetradas en nombre de la religión son numerosas y se puede decir que, a escala mundial, la religión aparece frecuentemente como un factor de división, de extremismos, de fanatismos, es decir como un factor que deshumaniza al hombre en vez de humanizarlo. Eso repercute sobre la percepción social de la religión donde se constata que, en Europa, la religión va más a menudo asociada a la guerra y a la intolerancia que a la paz y a la tolerancia.

Es importante reconocer que las religiones, hoy como ayer, pueden ser y son efectivamente en determinados contextos, vectores de violencias, de intolerancias y de asesinatos. El historiador y antiguo embajador de Israel en Francia, Élie BARNABI llega incluso a hablar de “religiones asesinas”⁴. Por su parte, Claude HAGÈGE, profesor de lingüística en el Collège de France, en una obra titulada *Les religions, la parole et la violence*, se pregunta “¿por qué razones el discurso que mantienen las diversas religiones, en vez de unir a los humanos, están lejos de ser factores de paz?”⁵. ¡El cuadro no resulta nada optimista! Y eso es debido a que las religiones pueden representar ciertos riesgos reales tanto para los individuos que se adhieren a ellas como para las sociedades en las cuales se viven, hasta el punto que las sociedades democráticas limitan con todo derecho los poderes de las religiones. Riesgos para los individuos cuando la influencia de un sistema religioso llega a ser tal que las libertades fundamentales de una persona se ven comprometidas, hasta el punto en que el individuo ya no tiene la capacidad de juicio que le permita asumir sus opciones – elección del modo de vida para sí y para sus

4 Élie BARNABI, *Les religions meurtrières*, Éditions Flammarion, Paris 2006.

5 Claude HAGÈGE, *Les religions, la parole et la violence*, Odile Jacob, Paris 2017, 7.

hijos, elección de responsabilidades financieras – con pleno conocimiento de causa y con total autonomía. Esos son los riesgos de las desviaciones sectarias donde el control ejercido por los grupos y sus líderes aniquila las capacidades de libre determinación de las personas. Por tanto, no es sorprendente que las sociedades se doten de instancias que les permitan ejercer su vigilancia, incluso prevenir ciertos abusos. En Francia, a partir de 2002, tal es el papel de la *Mission Interministérielle de Vigilance et de Lutte contre les Dérives Sectaires* (MIVILUDES) dependiente del Primer Ministro. Riesgos para la sociedad misma, cuando el ingreso en un grupo religioso se traduce en un alejamiento acentuado de la sociedad, considerando al grupo religioso como una verdadera contra-sociedad alternativa y la sociedad circundante es identificada con la perdición o el reino del mal. En tal caso, es la cohesión social la que se encuentra amenazada, así como la misma integración de los individuos en una colectividad política y una comunidad nacional. Eso se produce cuando, en la jerarquía de las lealtades, el compromiso dentro de un grupo religioso prevalece sobre todos los demás y descalifica hasta tal punto los demás compromisos (asociativos, políticos, culturales, científicos) que se puede llegar hasta arrogarse el derecho de trasgredir las leyes del país en nombre de una normatividad que sería superior a la de la sociedad. El yihadismo, aun cuando sea interpretado como “una islamización de la radicalización” más que como “una radicalización del islam”⁶ ilustra trágicamente, con los asesinatos cometidos en 2015 y 2016 en Francia y en otros lugares, los poderes mortíferos que puede tener la religión y/o su instrumentalización. Aquí nos encontramos enfrentados al carácter deshumanizador de la religión. Riesgos para el individuo, riesgos para la sociedad, así pues, la religión puede ciertamente presentar riesgos para el respeto de los derechos fundamentales y para la paz. En determinadas circunstancias, puede deshumanizar al hombre y volverlo fanático y de hecho lo hace efectivamente. Pero es importante reconocer que tal es el caso de toda actividad humana. Las actividades económicas, tecno-científicas, deportivas, artísticas, si autonomizan y se absolutizan, pueden muy bien deshumanizar tanto como las actividades religiosas.

6 Olivier ROY, *Le djihadisme est une révolte nihiliste*, en “Le Monde” del 25 de noviembre de 2015.

LA RELIGIÓN QUE HUMANIZA

Si las religiones pueden y podrán siempre deshumanizar mediante la fanatización de la dimensión absoluta con la que se identifican, pueden también humanizar en nombre de esa misma dimensión absoluta. De hecho, las religiones son poderosos vectores de humanización. Sus configuraciones simbólicas que, a través de las representaciones y de las prácticas – en particular las rituales – permiten a los hombres vivir su condición dentro de un horizonte de sentido que se traduce en múltiples aportaciones útiles para las sociedades. No solamente porque consuelan las penas y permiten soportar los sufrimientos y hacer frente a la muerte, sino también porque al indicar orientaciones de vida y ofreciendo confianza en el futuro, estructuran los comportamientos e impulsan a la acción individual y colectiva, especialmente en los campos educativos y caritativos. Impiden al hombre considerarse como un Dios poseedor de todos los derechos y poderes; enseñan el sentido y el límite y el hecho de que lo posible no necesariamente es lo deseable. Las religiones humanizan pues a los hombres y mujeres que las practican, contribuyen a civilizarlos (aunque más no fuera a través de las múltiples expresiones artísticas que se deben a ellas). Si han sido y pueden ser factores de guerras y violencias, han sido y son también elementos de paz y de reconciliaciones. En resumen, las religiones no pueden reducirse a realidades de las que las sociedades deberían defenderse y contra las cuales deberían protegerse. Como cualquier fenómeno social, las religiones pueden producir lo mejor y lo peor, lo mejor cuando elevan al hombre y desarrollan en él el altruismo, lo peor cuando lo fanatizan y lo vuelven violento. Aun cuando algunos han podido pensar que era necesario simplemente erradicar las religiones para “liberar” a los hombres de lo que entonces se percibía como un conjunto de supersticiones degradantes y nocivas – y hemos podido ver el fanatismo y la violencia que eso engendró – muchos actualmente se han rendido a la evidencia: no solamente el sentimiento religioso no desaparece, sino que parece tener un hermoso futuro por delante. Siempre respetando la libertad fundamental de creer o no creer, de creer intensamente o de creer con moderación, de seguir tal o cual práctica rigurosamente o muy relajadamente, las sociedades pueden y deben notificar ciertos límites a las prácticas religiosas para proteger el carácter laico del estado y de las instituciones públicas, prevenir los disturbios del orden público y velar por el respeto de los derechos fundamentales de ser humano (hombre, mujer

y niños). Porque representan una descentralización con respecto a uno mismo, porque permiten a los seres humanos reconocer que no son los dueños de todo, que existe un “aquí y ahora”, un sentido preexistente a mí, que nos es dado, la referencia religiosa permite desprenderse del “yo” y abrirse al otro. La referencia a una u otra figura divina del “totalmente otro” educa y abre a la alteridad, al otro. Las religiones humanizan al hombre porque no toman partido por el estado presente de las cosas, sino que incitan a transformarlas. Prestan atención a los débiles, a los discapacitados, desvalidos, refugiados, etc. Porque estructuran al hombre simbólicamente inscribiéndolo en un horizonte de sentido que incluye orientaciones para la conducta de la vida (normas morales), las religiones protegen a los hombres de la credulidad, contribuyen a superar la superficialidad de las cosas. Una investigación de Guy MICHELAT⁷ mostró que los franceses que menos creían en las ciencias ocultas y eran los menos adeptos a las prácticas mágicas eran, por una parte los católicos practicantes regulares y por otra los ateos convencidos. Como si la religión los protegiera de la credulidad y de la superstición. Los más vulnerables eran los católicos no practicantes, las categorías de personas que se podrían describir como los “SDF” (*sin domicilio fijo*) de la creencia, esos eran los más sensibles a la demagogia de los pequeños empresarios en el campo de la salvación. Las relaciones con Dios han suscitado múltiples creaciones artísticas en los campos de la literatura, de la poesía, de la escultura, de la pintura, de la música instrumental, del canto, de la danza, del teatro, de la fotografía, del cine... Desde el arte prehistórico a las creaciones más contemporáneas, el amplio campo de las creaciones artísticas se vería muy pobre si se le quitaran todas las obras de inspiración religiosa. Las ricas y complejas relaciones entre el arte y la religión, el hecho de que ambas no sirvan estrictamente para nada aun siendo fundamentales y universales expresan una dimensión que eleva al hombre, lo hacen superar el horizonte de la vida cotidiana, de lo estrictamente necesario. En resumen, se puede decir que las religiones humanizan al hombre despertándolo a lo bello (la sublimación y la emoción estéticas), a la reflexibilidad ética (la búsqueda de una buena vida). La investigación empírica permitiría mostrar que estos efectos humanizadores pueden ser más desarrollados en ciertas épocas que en otras, más patentes en ciertas regiones que en otras.

⁷ Guy MICHELAT, *L'essor des croyances parallèles*, in “Futuribles,” (2001) n. 260, 68.

Actualmente, en las sociedades europeas, los responsables y las organizaciones religiosas se movilizan en todo tipo de campos para desarrollar la solidaridad e incitar a los hombres a actuar de forma responsable. Por eso, es frecuente hoy en día ver movilizaciones religiosas en favor del compromiso cívico (contra la abstención electoral), de ese modo las religiones acuden en ayuda de un mundo político desencantado y carente de credibilidad. Frente al riesgo de no tratar humanamente a los refugiados, a los extranjeros y a las personas en situación de extrema precariedad (incluidos los viejos y los discapacitados), frente a los riesgos de estigmatización de ciertas poblaciones (como los romaníes), las autoridades religiosas movilizan la ética de la fraternidad que promueve su religión. Algunos militantes asociativos sacan fuerzas de los recursos éticos de sus religiones para comprometerse en actuaciones de solidaridad e interpelar a los poderes públicos sobre el deber de humanidad. En el campo ecológico, la necesidad de instaurar límites en materia de explotación de los recursos (desarrollo sostenible) y de salvaguardar un medio ambiente habitable, intentando también preservar nuestro clima, incita a militantes ecológicos a buscar el apoyo de las religiones para preconizar una mayor sobriedad, incluso pasando por la práctica regular del ayuno. Pero las religiones no sólo intervienen en el campo de la ética social, sino que también se implican en el terreno de la diversidad cultural y religiosa buscando hacer de ella una ventaja más que un obstáculo para la integración. Frente a aquellos que esgrimen un pretendido “choque de civilizaciones” que opondría las religiones, principalmente el cristianismo con respecto al islam, las religiones responden mediante la intensificación de las relaciones interreligiosas y el incremento de diálogos interreligiosos a escala local, regional, estado-nacional (“Conferencia de los Responsables de Culto en Francia” creada en 2010). A escala internacional, mencionemos el Consejo Europeo que, en su *Libro blanco sobre el diálogo intercultural: convivir con igual dignidad* (2008), acoge positivamente las contribuciones de las religiones a la convivencia a condición de que dichas contribuciones respeten los logros normativos de Europa, es decir del estado de derecho, la democracia y los derechos humanos. La Alianza de Civilizaciones apoyada por la ONU va en este mismo sentido. En lo que respecta al papel que las religiones pueden desempeñar en la mediación de los conflictos (de dimensión religiosa o no), ello ha sido puesto de manifiesto por diversos autores⁸. Sobre otros temas, como las cuestiones relativas a la sexualidad, al

8 Ver las aportaciones de Andrea RICCARDI, *Les médiations de Sant’Egidio* y de Joseph

género, a la filiación, la gestación subrogada, la procreación médicamente asistida y el riesgo de eugenesia, el final de la vida y el riesgo de eutanasia, las religiones hacen oír sus voces y se atreven con la controversia. Se pueden discutir sus tomas de posición e incluso combatirlas, pero ello no impide reconocer su preocupación por salvaguardar la humanidad del hombre. Así mismo, frente a los desafíos del transhumanismo, la mercantilización de cuerpo humano, de la eliminación de los débiles, las religiones pueden constituir preciosos recursos para expresar que lo posible no es necesariamente lo deseable si se quiere salvaguardar un cierto humanismo. De forma más general, si el humanismo democrático se ha construido en oposición a las religiones, éstas podrían, en un mundo secular desencantado, convertirse en sus preciosas garantías. Por supuesto, a condición de que las diferentes religiones, a partir de los recursos de su propia identidad, muestren cómo asumen el humanismo democrático y cómo pueden contribuir a socializar a las jóvenes generaciones. Teniendo presentes estas condiciones, contradiciendo el pasado de violencias a las que se han visto asociadas, las religiones son y podrán ser cada vez más, factor de humanización y de paz. Hoy como ayer, ya lo son a través de algunas figuras consagradas que, por su actuación y su entrega total, dan testimonio de que la religión humaniza profundamente. Al lado de los numerosos testigos anónimos que actúan en el día a día, pienso en figuras muy conocidas como MADRE TERESA, el pastor Martín LUTHER KING, el arzobispo Desmond TUTU y tantos otros⁹. Gracias principalmente a estas personas es posible decir que, si la religión ha sido un factor de violencia y siempre podrá seguir siéndolo, también ha sido y lo es siempre un potente vector de paz.

CONCLUSIÓN

La religión humaniza al hombre si él no se toma por Dios, si reconoce ciertos límites a su omnipotencia. No todo está permitido, ni todo es deseable. La

MAILA, *Religion et médiation dans les relations internationales* en Denis LACRONE, Justin VAÏSSE y JeanPaul WILLAIME (dir.) *La diplomatie au défi des religions. Tensions, guerres, médiations* (con las colaboraciones de Laurent FABIUS y Régis DEBRAY), Odile Jacob, Paris 2014.

⁹ Es significativo que se haya entregado el premio Nobel de la paz a estas personalidades religiosas: Martín Luther KING en 1964, MADRE TERESA en 1979 y Desmond TUTU en 1984.

religión enseña a poner límites, a descentrarse con respecto a uno mismo. Es, debería ser, un aprendizaje permanente de humildad. No considerarse un Dios es un desafío particular para todos aquellos y aquellas que pretenden hablar en nombre de Dios. Si, por más inspirados que se crean, no reconocen que Dios es más grande que todos aquellos que lo invocan, el riesgo del fundamentalismo no está lejos. La religión humaniza si permite al hombre reconocer que, aun siendo radicalmente libre, es deudor de aquello que ha recibido, está en deuda con otros que él no ha elegido. La autonomía personal del hombre, conquistada a muy alto precio y, ¡tan preciosa! no significa independencia absoluta sino dependencias asumidas. La religión humaniza si se reconoce la historicidad de las religiones, su plena inscripción en la historia, el hecho de que las mismas evolucionan en constantes interacciones con su entorno socio-cultural. Siempre orientadas hacia lo absoluto, las religiones cambian, tienen una historia. Es un desafío para cada religión inscribirse en la historicidad y en un contexto pluralista. Valorando siempre la forma en que asume su propia pretensión por la verdad, cada religión debe al mismo tiempo aprender a expresarse sin satanizar las otras pretensiones de la verdad. El “fuera de mí, no hay salvación”, ya no es de recibo en un contexto pluralista. Para desactivar el potencial de violencia inherente a la religión, es esencial aceptar el desafío. En otras palabras, la religión no podrá reforzar su papel como vector de humanización más que humanizándose ella misma. Las religiones se entregan a un trabajo permanente de reinterpretación de sus textos fundacionales y de reelaboración de la relación con su figura iniciadora. Es importante que reconozcan positivamente, y no como una simple concesión al tiempo, ese trabajo de interpretación. Transmitir es interpretar y las religiones no escapan a su condición histórica. Una vez más, las religiones son lo que hacen de ellas los hombres y las mujeres que se reconocen dentro de tal o cual tradición religiosa. Aun cuando las religiones han engendrado fanatismos y barbarie, ellas han generado también comportamientos de un gran altruismo y poseen un alcance civilizador indiscutible. Elevan al hombre enseñándole la humildad. Actualmente, las religiones contribuyen y podrían contribuir cada vez más a luchar contra las barbaries del siglo XXI, comenzando por los fanatismos y fundamentalismos dentro de ellas mismas. Por lo demás, abundan los ejemplos del compromiso de las religiones en el combate contra los nacionalismos, las nuevas alianzas político-religiosas, la mercantilización del cuerpo y de los seres (prostitución, emigrantes, refugiados), la infravaloración de las mujeres,

el maltrato de los más débiles, los riesgos nucleares, el saqueo de los recursos, la falta de solidaridad internacional e intergeneracional, la ceguera ante los desafíos ecológicos... Frente a las amenazas que pesan sobre el humanismo de las democracias europeas y la herencia de la Ilustración, las religiones podrían, aun cuando ese patrimonio se construyó contra las religiones, convertirse en el mejor garante. En los momentos de incertidumbre por los que atraviesa actualmente Francia, es significativo que los responsables religiosos no sean los últimos en acudir a defender el lema republicano: “Libertad, igualdad, fraternidad”¹⁰.

¹⁰ Nos permitimos remitir a nuestro estudio *Incertitudes ultramodernes et responsabilité des Églises* presentado el 11 de mayo 2016 ante el Consejo de las Iglesias Cristianas en Francia y publicado en “Unité des Chrétiens” (2017) n. 186, 6-17.